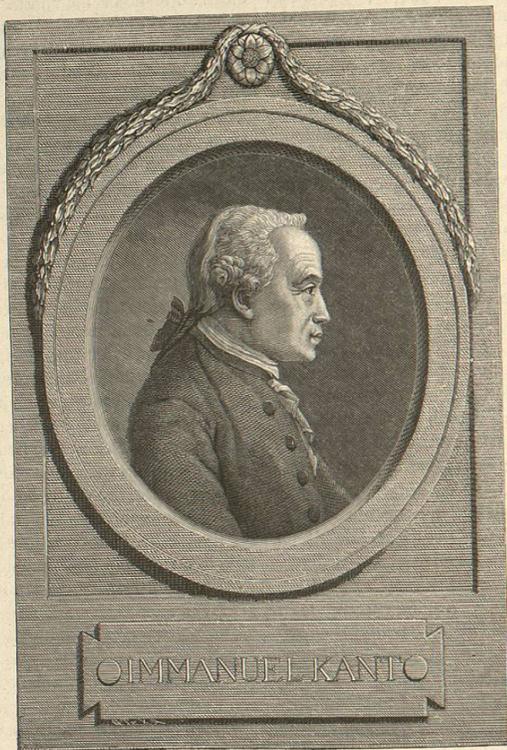


precisamente entonces para iniciar su gran obra demoleadora despues de haber conquistado los espíritus mas escogidos, idea universal que con razon recordaba el derecho que con nosotros nace, invocaba á gritos la naturaleza y la libertad, y declaraba la guerra á todo lo que á una y otra se oponia. Mientras á esta idea asistió la razon, su triunfo fué completo y en aquellos puntos en que no venció, sino que por el contrario fué vencida, las calamidades que produjo, en vez del bien que deseaba producir, provinieron de haberse olvidado los deberes del hombre que están por encima de sus derechos y de no haberse recordado que en el equilibrio de unos y otros estriba lo que separa al ciudadano del salvaje, por mas que la naturaleza haya continuado siendo salvaje en el

ciudadano y que en salvaje se haya convertido para él la civilizacion. Era verdaderamente cuestion de vida ó muerte para el pueblo aleman que el trastorno que no podia menos de alcanzarle alejara únicamente de su cuerpo lo que estaba enfermo, descompuesto y corrompido, sin destruir en su alma las semillas que silenciosamente germinaban para brotar en la primavera de un futuro renacimiento. Los frutos que con el ejemplo de su vida legó el rey Federico, filósofo de nobleza de alma real, al pueblo aleman como herencia imperecedera, fueron recogidos por un gran dramaturgo para infiltrarlos en el corazon de la juventud alemana, á fin de que ésta los conservara como fuego sagrado hasta que sonara la hora solemne de probarlos. «La poesia puede ser para los hom-



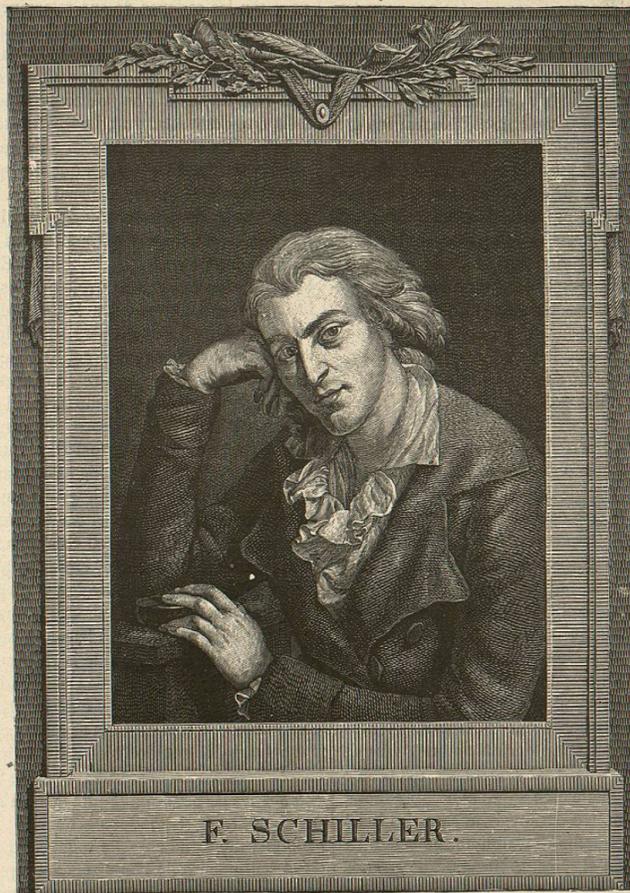
bres lo que el amor es para los héroes: no puede aconsejarles, ni palpar con ellos, ni hacer por ellos trabajo alguno, pero puede educarles para héroes, impulsarles á verdaderas hazañas y prepararles para todo aquello que han de ser.» Cuando Federico Schiller en su obra «sobre lo patético» escribió estas palabras, era profesor académico de historia en la universidad de Jena, y á pesar de los difíciles estudios que le obligaban á hacer la enseñanza de la historia y la redaccion de trabajos históricos, tuvo en aquellos años de labor incesante tiempo y energía suficientes para dominar con todo el ardor de la juventud el mundo ideal del filósofo Kant. Sin embargo, lo mismo como historiador que como filósofo fué siempre el poeta Federico Schiller, y por cierto que los contemporáneos vieron con admiracion que seguia siéndolo precisamente cuando trataban de olvidarlo. La posteridad no puede incurrir en tal olvido, y sobre todo no puede separar al historiador del poeta, como tan á menudo se hace, con desventaja para Schiller y sin provecho para la instruccion. En su trabajo sobre las «Poesías de Burger,» que apareció

en 1791, hacia Schiller la siguiente confesion: «Todo lo que puede darnos el poeta es su individualidad, la cual es por esto digna de ser expuesta ante el mundo y ante la posteridad: su primera y principal mision antes de conmover los ánimos de los mejores es ennoblecer cuanto pueda esta individualidad suya, purificarla y elevarla en pro de la humanidad mas pura y mas noble. El mayor valor de sus poesías consiste en ser la pura y perfecta expresion de una interesante situacion de ánimo, de un espíritu perfecto: este espíritu es el único que se nos ha de manifestar en las obras de arte, presentándosenos en sus mas pequeñas manifestaciones, y el que así no lo haga, en vano tratará de suplir por medio del arte esta falta esencial.» A perfeccionar y purificar esta individualidad suya tendian los trabajos del poeta Federico Schiller cuando estudiaba historia y filosofía. Solo debemos tratar aquí de los estímulos y de los frutos que estos estudios aportaron al espíritu del poeta: la parte que la nacion tenia en ello se demuestra perfectamente por sí misma.

En 15 de abril de 1786 escribia Schiller á su amigo Kor-

ner: «Cada dia tengo mayor cariño á la historia. Esta semana he leído una historia de la guerra de los treinta años y mi cabeza todavía siente el calor de su lectura. Quisiera en diez años consecutivos no haber estudiado mas que historia: creo que entonces seria yo un hombre muy diferente del que soy.» Cuando dos años despues, en el otoño de 1788, publicó su «Historia de la separacion de los Países Bajos Unidos del gobierno de España,» decia en el prólogo que le habia mo-

vido á escribir esta obra el estudio que habia hecho algunos años antes de la Historia de la revolucion flamenca en tiempo de Felipe II escrita por Watson, libro que le habia infundido «un entusiasmo como raras veces logra producirlo la accion del Estado.» Poco á poco habia comprendido que este entusiasmo no nacia del libro, sino que lo habia encendido en su imaginacion el asunto mismo, y quiso perpetuar esta impresion, deseando propagar y robustecer «la impresion



De un grabado hecho en 1794 por J. G. Müller (1747-1830); cuadro de A. Graff (1736-1813), comenzado en 1786 y terminado en 1791.

noble» de que se sentia poseido. Este fué el primer motivo de esta historia y «el único impulso que le movió á escribirla.» De modo que Schiller queria reproducir para entusiasmar á sus contemporáneos lo que él mismo habia hecho con entusiasmo, y demostrar con ello: «que una historia puede ser escrita con toda fidelidad histórica sin ser por esto un libro que ponga á prueba la paciencia del lector y que no le está vedado tomar algo de un arte afin, sin que por este solo hecho se haya de convertir necesariamente en novela.»

Pero ¿qué era lo que del asunto le habia entusiasmado? La introduccion de la «Historia de la revolucion de los Países Bajos» dice: «Si los pálidos hechos de la sed de gloria y de una funesta ambicion causan admiracion en nuestros ánimos, ¡cuánto mas ha de causarla un suceso en que la humanidad oprimida lucha por sus mas nobles derechos, en

que la bondad de la causa corre parejas con lo extraordinario de las fuerzas y en que los esfuerzos de una desesperacion enérgica triunfan en desigual combate de las terribles artes de la tiranía! Grande y tranquilizadora es la idea de que contra las desmedidas violencias del poder del príncipe hay todavía un recurso; de que los planes mas hábilmente combinados se estrellan ante la libertad humana; de que una resistencia valerosa y atrevida puede doblegar el férreo brazo de un déspota y una heroica tenacidad acabar con sus colosales recursos.» Y despues de esto, seguia en la primera edicion este párrafo, suprimido en las sucesivas: «La energía con que procedió el pueblo flamenco no se ha extinguido entre nosotros y el feliz éxito que coronó su atrevida empresa no dejará de acompañarnos siempre que, reproduciéndose los tiempos, análogos motivos nos llamen á análogas hazañas.»

El que compare estas palabras con el *Don Carlos* (1), cree estar oyendo á un Voltaire jóven que no encuentra atractivos en el pasado mas que en aquello que le reproduce el triunfo de la civilizacion sobre la supersticion y la opresion del espíritu. El espíritu decididamente protestante que impera en la «Historia de la guerra de los treinta años» (1791) parece corroborar mas esta opinion. Pero Schiller, tan parcial hasta entonces, dejó de serlo desde el momento en que estudió á Kant, de modo que en el prólogo de la «Historia de la órden de Malta,» de Verdot (1792), rompió (2) por completo con los malos procedimientos con que «los civilizadores» juzgaban la Edad media, y escribió: «Los héroes de la Edad media consagraban su sangre, su vida y su propiedad á una ilusion, porque ésta era para ellos la sabiduría: cuanto peor educada estaba su razon, tanto mas heroicamente obedecian sus preceptos supremos: ¿podemos nosotros, sus refinados nietos, alabarnos de hacer en nuestra sabiduría la mitad siquiera de lo que hicieron en su locura?—La docilidad del espíritu dejándose llevar por todos los impulsos sobrenaturales, facultad la mas noble de cuantas posee el hombre, reconcilia al crítico filósofo con todos los rudos gérmenes de una inteligencia en embrión, de un sensualismo sin leyes.—El griego y el romano luchaban por su existencia, por los bienes temporales, por el fascinador fantasma del honor y de la dominacion universal y luchaban ante los ojos de una patria agradecida; el valor de aquellos otros héroes cristianos carecia de este auxilio y se alimentaba exclusivamente de su propio é inextinguible fuego.»

No el entusiasmo por la libertad, en el sentido del siglo décimooctavo, sino el entusiasmo en sí mismo, el vuelo del alma de que se deriva, la energía que él infunde, la magnificencia á que se eleva, es lo que cautiva en Federico Schiller como filósofo historiador y lo que enriquece su espíritu de poeta con nuevos cuadros y apreciaciones de lo sublime humano. El conocimiento de lo sublime fué el fruto de sus estudios, compartidos entre Kant y la historia. Levantó este conocimiento sobre las bases que su «educacion estética» le habia proporcionado con la nocion de la «belleza del alma» y esta nocion dió al propio tiempo al dramaturgo creador el conocimiento perfecto de su mision. «La facultad de sentir lo sublime es una de las mas preciosas dotes de la humana naturaleza, y es digna de llamar nuestra atencion porque se deriva de la facultad independiente de pensar y de querer, del propio modo que por la influencia que ejerce sobre el hombre moral merece obtener el mas completo desenvolvimiento. Lo bello solamente merece bien del hombre; lo sublime merece bien del espíritu puro que vive en él, y como nuestra vocacion es juzgarnos, aun dentro de los límites sensuales, por el código de los espíritus puros, lo sublime debe juntarse con lo bello para hacer de la educacion estética un todo completo y para extender la facultad sensitiva del corazon humano á toda la esfera de nuestra mision y por tanto mas allá del mundo de los sentidos.»

En el magnífico trabajo «sobre lo sublime,» del que hemos tomado el párrafo anterior, encontramos desarrollado con seductora elocuencia lo que podemos llamar ética de los héroes de Schiller, tal como la dedujo de la moral de Kant y tal como despues la presentó con perfecto convencimiento como poeta del drama heroico. El discurso comienza con las siguientes palabras: «Ningun hombre ha de deber, decia el judío Nathan al dervich, y esta frase es mucho mas cierta de lo que quizás podria creerse. La voluntad es el carácter de raza

(1) Véase la parte primera.

(2) Ueberweg es quien ha llamado la atencion sobre este párrafo; véase su obra: *Schiller como historiador y como filósofo*, publicada por W. Brasch, Leipzig, 1884, pág. 131.

del hombre, y la razon no es mas que la regla eterna de la voluntad. Toda la naturaleza obra racionalmente; la prerogativa del hombre es únicamente obrar racionalmente con conciencia y voluntad. Todas las demás cosas deben; el hombre es el sér que quiere.»

El hombre que simplemente quiere y hace lo justo es muy digno de respeto; pero nada hay en él de entusiasta ni de sublime: esta impresion no nace hasta que la voluntad humana entra en lucha con los límites de su naturaleza sensitiva y con las cadenas de sus relaciones externas; la voluntad, que en esta lucha se mantiene fiel á sí misma y da por tanto pruebas de la superioridad de su facultad no sensual, del dominio de su propia «personalidad» en el sentido kantiano, esta voluntad es la que merece ser admirada; esta voluntad es la que demuestra grandeza, y las sensaciones que al contemplar sus sufrimientos y su muerte experimentamos, son mucho mas nobles que las que en nosotros despiertan los atractivos de «lo bello» sensual. Una persona que en época de bonanza hace todo aquello que le da á conocer como un «carácter bello,» demuestra en los tiempos de desgracia si es tambien un carácter sublime. «Es preciso que le roben todos sus bienes, que se arroje por los suelos su buen nombre, que las enfermedades le sepulsen en el lecho del dolor, que la muerte le arrebatte todos los séres queridos, que todos aquellos en quienes confiaba le abandonen en su miseria, y cuando se encuentre en este estado, búsquesele nuevamente y exijase del desdichado el ejercicio de las virtudes, que cuando era dichoso tan dispuesto estaba á practicar. Si se le encuentra igual que antes, si la miseria no ha menguado su caridad, la ingratitud su oficiosidad, el dolor su sangre fría, la propia desgracia su participacion en las alegrías ajenas; si se nota el cambio de las circunstancias en su semblante, pero no en su conducta, en la materia pero no en su manera de proceder, entonces no será suficiente ninguna explicacion tomada de la nocion de la naturaleza, segun la cual es absolutamente necesario que lo presente se funde en algo de lo pasado que haga las veces de causa, porque nada mas contradictorio que la continuacion de los mismos efectos cuando las causas han cambiado por completo. Hay, pues, que renunciar á toda explicacion natural, á deducir la conducta de las circunstancias; y es preciso buscar en otra parte fuera del mundo físico el fundamento de esta conducta, colocándolo en una esfera á la que puede llegar la razon con sus ideas, pero que la inteligencia con sus nociones no puede concebir. Este descubrimiento de la facultad moral absoluta, independiente de toda condicion de la naturaleza, da al sentimiento de conmiseracion que la vista de un tal hombre despierta en nosotros el atractivo de lo sublime, único atractivo propio é inexplicable, que ningun deseo sensual, por noble que sea, puede disputarle.»

Lo que Kant llama «personalidad» en el sentido de determinacion propia de la voluntad, Schiller lo denomina «libertad,» independientemente de la nacionalidad, de las creencias y de los derechos de ciudadanía. «El mundo, — dice, — considerado como objeto histórico, no es en el fondo mas que el conflicto de las fuerzas naturales entre sí mismas y con la libertad del hombre (3), y el resultado de esta lucha

(3) Debemos llamar vivamente la atencion de nuestros lectores sobre las precisas manifestaciones contenidas en la obra sobre la impresion que en los hombres ejerce lo sublime del mundo natural. Uno de los párrafos de evidente sabor kantiano dice así: «La vista de horizontes ilimitados ó de alturas incommensurables como el ancho Océano á sus piés y el Océano mayor sobre su cabeza, arranca al espíritu de la estrecha esfera de lo real y de la dura prision de la vida física. El espíritu entonces, cuanto mas contempla la simple majestad de la naturaleza y mas rodeado se ve de sus grandes figuras, menos puede ya tolerar en su manera de pensar lo que es pequeño. ¿Quién sabe cuántos pensamientos

nos lo enseña la historia: solo desde este punto de vista es para mí un objeto sublime la historia universal.»

Toda la existencia es una lucha entre la libertad, que preside en el mundo moral, y la necesidad, que impera en el físico. Cuando esta lucha descubre figuras y destinos que despiertan sublimes sentimientos, su exposicion constituye una mision especial del arte, es decir, de la poesía, y precisamente de aquella poesía que refleja toda la gravedad de la vida real y no juega de una manera engañadora con la imagen fiel de una vida imaginaria. «Fuera, pues, ese embellecimiento falsamente entendido y ese gusto muelle y enervante que arroja un velo sobre la figura de la necesidad y que para captarse la simpatía de los sentidos finge entre el bienestar y el bien obrar una armonía de la cual no se encuentra ninguna huella en el mundo real. ¡Miremos frente á frente la fatalidad! No en la incertidumbre de los peligros que nos cercan, — pues éstos han de desaparecer un día ú otro, — sino en el conocimiento de esos peligros, está nuestra salvacion. Para conocerlos tenemos la ayuda del espectáculo terriblemente magnífico de la transformacion, que todo lo destruye, que lo crea de nuevo y lo vuelve á destruir, y de la ruina que ora lo sepulta todo lentamente, ora lo avasalla todo con rapidez. Sirvennos tambien de auxiliares en nuestra tarea los cuadros patéticos de la humanidad luchando con el destino, de la incesante fugacidad de la dicha, de la seguridad engañada, de la injusticia triunfante y de la inocencia vencida, cuadros que con pródiga mano nos ofrece la historia y que el arte trágico, en su espíritu de imitacion, presenta á nuestros ojos.»

El hombre descubre su mision y sus fuerzas, no en la voluptuosidad del placer, sino en la tension de la lucha, y la poesía que analiza sus sentimientos, que le sigue en la lucha trabada en lo mas recóndito de su alma, que sorprende los secretos de los monólogos de la pasion y del entusiasmo, que le acompaña para que se atreva á conquistar el premio supremo y que al final demuestra cómo vence y cómo triunfante sucumbe, esta poesía da un baño de acero al que «herido por la eterna deslealtad de todo lo sensual, penetra en el fondo de su conciencia para encontrar en él lo inmutable.» Esta poesía es para la juventud una escuela en la que podrá educar su carácter para llegar al espíritu varonil y al heroísmo, que con nada puede ser comparado ni por nada sustituido. En los servicios que Federico Schiller, como sacerdote de esta poesía, prestó á su pueblo, nunca se sintió impulsado por lo que hoy llamaríamos «sentimiento patrio.» Esto ha sido por él expresamente rechazado en nombre de la filosofía y en el de la poesía, que solo mediata, no inmediatamente, puede realizar la noble mision de «perfeccionar moralmente al hombre y encender el sentimiento nacional en el ciudadano.» «Es un ideal mezquino y pequeño, decia, escribir para una sola nacion: esta barrera es intolerable para un espíritu filosófico, que no puede estacionarse en una forma tan variable, contingente y caprichosa de la humanidad, en un fragmento (¿y es por ventura la nacion otra cosa?), y únicamente puede entusiasmarse por ella en cuanto esta nacion ó este acontecimiento nacional sea importante para él como condicion para el progreso de la raza.» (Carta á Kor-

ner, de 26 de marzo de 1789.) La fuerza y eficacia de su idealismo eran tanto mayores cuanto menos se proponia utilizar la cooperacion de esta palanca: nacian por sí mismas. De cuánto habia enriquecido Schiller su alma con los resultados de estos estudios son buena prueba el irresistible poder con que en 1794 se atrajo al genio de Goethe, el entusiasta encanto con que libertó el dormido espíritu poético de éste de la opresion de la miseria doméstica y le enardecio para nuevas hazañas, y sobre todo el exuberante afán de crear de que él mismo se sintió nuevamente poseido. En su alma se precipitaban y se agitaban tumultuosamente multitud de rostros que pugnaban por revestir una forma; un impulso que le daba vértigos, y que apenas le permitia tocar á la tierra, lo remontaba cada vez á mayores alturas, y en la lucha con la superioridad de los espíritus se quebrantaba su cuerpo.

Con una sola carta se apoderó Schiller del ánimo del consejero secreto Goethe, y el que lee con atencion esta misiva, fechada en 23 de agosto de 1794, comprende al punto en qué consistia su atractiva eficacia. Goethe simpatizaba poco al principio con el poeta Schiller; pero todo cuanto separaba á ambos poetas desapareció desde el momento en que Schiller demostró en pocas palabras que habia comprendido mejor que nadie al pensador, al investigador Goethe. «Vos buscáis — le escribia — lo necesario de la naturaleza, pero lo buscáis por el camino mas difícil, ante el cual toda fuerza débil ha de estar muy sobre aviso. Tomais á toda la naturaleza en conjunto para percibir la luz en los detalles; buscáis en la universalidad de vuestro idealismo el fundamento para ilustrar al individuo; desde el organismo sencillo os remontais paso á paso hasta los mas complicados para acabar por construir con los materiales de todo el edificio de la naturaleza el génesis del sér mas complicado de todos, el hombre, y creándolo á imitacion de la naturaleza pretendéis penetrar en su esencia mas recóndita. ¡Grande y ciertamente heroica idea que demuestra suficientemente lo bien que vuestro espíritu sabe sintetizar en una unidad bella el rico conjunto de sus imágenes! Nunca habeis podido esperar que vuestra vida llegue á conseguir tal objeto, pero el simple hecho de haber abierto este camino es mas meritorio que el de haber llegado hasta el fin de otro cualquiera, y vos habeis escogido como Aquiles en la Iliada entre Phthia y la inmortalidad.» Así escribia el antiguo discípulo de Carlos, á quien la ciencia natural adquirida en la juventud ponía en condiciones de seguir á Kant y á Goethe por la senda del estudio de la naturaleza. Precisamente en esta senda se encontraba Goethe abandonado, solo, desconocido; y cuando descubrió que en ella le seguia Schiller, no con la extrañeza que hacia mover la cabeza á los demás, sino con amor é inteligencia y encontrando lógica y cohesion allí donde los otros solo habian visto enigma ó contradiccion, ó nada enteramente, comprendió que no estaba solo en su altura, y sintióse comprendido por un genio igual al suyo. Esta comun inteligencia, en el sentido mas noble de la palabra, es la única fuente de que, en el último tercio de la vida, pueden dimanar amistades como aquella. Para los críticos literarios compusieron los dos amigos «Los genios,» pero á la nacion le regalaron el «Hermann y Dorotea» y el «Canto de la campana,» dos creaciones sin igual sobre el mismo tema: la casa burguesa alemana con su disciplina y su honradez, con sus sencillas costumbres familiares y sociales, con su tranquila dicha y su paz del espíritu protegidas por los buenos espíritus que velan por el alma de un buen pueblo; tal es el mundo del corazon, mundo de inolvidable poesía. Hacerlo brotar y transfigurarlo fué la primera tarea en que involuntariamente coincidieron aquellos dos amigos creadores en su